



NUM. 33. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 19 DE AGOSTO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



En la última revista de EL MUSEO habrán visto nuestros lectores que, después de no pocas dificultades, se firmaron los preliminares de la paz entre Austria y Prusia, no sin disgusto, empero, de Italia, en donde la opinión pública, digan lo que quieran los optimistas, está soliviantada, inclinándose en favor de la lucha. Compréndese perfectamente la actitud belicosa de los ánimos en aquella península, aun después de haber efectuado sus tropas la evacuación del territorio que ocupaban en el Tyrol. Italia principia á sentir el fuego sagrado de la vida en sus entrañas, principia á levantarse de su postración de siglos, en una palabra, conoce que principia á ser, y siente lastimada su dignidad teniendo que deber al César francés la limosna de la grandeza futura, que ella pensaba conquistar con sus propios esfuerzos; y se comprende tanto mas su actitud de que hablamos, cuando se considera que la suerte de las armas le había sido constantemente adversa en la guerra comenzada, y que la paz, amasada en semejantes circunstancias por un soberano extranjero, famoso en la fabricación de esta clase de pasteles, antes parece deprimir que favorecer su honra.

Por los inícuos tratados de 1815 el Véneto fue regalado al Austria como quien regala una perdiz; el Austria, á su vez, se lo regaló hoy á Napoleon III, y Napoleon III devuelve á Italia la perdiz, (que alguien dice

que es mochuelo) desinteresadamente, por supuesto, tan desinteresadamente como cuando efectuó la paz de Villafranca, en que el águila francesa solo se quedó con dos plumas entre las garras: Niza y Saboya; no cabe mayor desinterés; si ahora se queda con otro par de ellas en el Rhin, el desinterés será completo. Grandes son los beneficios de la paz; sobre esto no cabe disputa; pero si la paz no es paz, sino una tregua, un aplazamiento que, en último resultado, no haga mas que prolongar la situación angustiosa de Europa, quizá fuera preferible la guerra con sus desastres consiguientes.

Las bases principales de la paz son, en resumen, estas: A escepcion del reino lombardo Véneto, el territorio de la monarquía austriaca queda intacto y sin desmembración alguna.—El emperador de Austria acepta y reconoce la disolución de la Confederación Germánica tal como ha existido hasta el día, aprueba la organización que se da á Alemania, eliminando de ella al imperio austriaco, prometiendo igualmente reconocer la unión de Prusia con los Estados del Norte en la línea del Mein, y consintiendo que los del Mediodía verifiquen una unión, cuyos lazos nacionales con la confederación del Norte de Alemania, serán objeto de un acuerdo ulterior entre unos y otros Estados.—El emperador de Austria trasfiere al rey de Prusia todos los derechos que concedió al primero la paz de Viena de 20 octubre de 1864 sobre los ducados de Schleswig y de Holstein.—El mismo emperador se compromete á pagar al rey de Prusia 40.000.000 de thalers para indemnizarle en parte de los gastos ocasionados por la guerra.—El rey de Prusia dejará subsistente el estado territorial presente del reino de Sajonia.

La resistencia de Italia á que sus tropas evacuasen la parte del Tyrol que ocupaban, fundábase, á juicio de algunos periódicos, en que el gobierno de Florencia pretendía anexionársela en virtud del principio del *uti possidetis militar*: pero añaden que al fin ha tenido que ceder, porque el emperador de Austria tuvo energía para decir á Victor Manuel que si al punto no se marchaba, él lo arrojaría de allí, poco menos que á puntapiés. Lo que en esto haya pasado, punto es difícil de averiguar; pero desde luego ocurre la idea de que quien ha aceptado sin chistar cuantas condiciones se le han impuesto, quien tan mal ha sabido defender la independencia de su país contra la ambición inva-

sora y triunfante de Prusia, no debe hallarse en estado de echar roncás, y si las echa corre el peligro de que cualquier poeta reproduzca en una zarzuela el gracioso tipo del soldado fanfarrón, que con tan singular gracejo retrató en uno de sus mejores sainetes don Ramon de la Cruz.

El *Constitutionnell* de París trina contra Mr. Bismark porque en el discurso de la corona, pronunciado por el rey Guillermo en las Cámaras de Berlin, no se ha hecho mención de Francia ni de Italia; con cuyo motivo le pone, no al rey, sino á su ministro, como chupa de dómíne, acusándole, entre otras cosas, de ingrato. «Si el emperador (esclama) hubiese levantado solo el dedo meñique de su mano, el omnipotente fusil de aguja no hubiera osado disparar el primer tiro.» Un poquillo fuerte nos parece la hipérbole; y al decir esto, nos fundamos, sin descender á otras consideraciones, en que, á ser ciertas las palabras de aquel periódico, no sabemos á qué conducen los enormes gastos que el gobierno del vecino imperio está haciendo para dotar á sus tropas de tan inofensivo instrumento; mas lógico sería licenciarlas cuanto antes, y el presupuesto francés lo agradecería.

Los peruleros andan á la greña, como de costumbre, sobre quién ha de llevar el gato al agua. El gato es allí la presidencia de la república. Dos partidos se la disputan; el general Castilla, jefe de uno de ellos, se ha sublevado contra el coronel Prado, dictador actual. Atribúyese este movimiento á las contribuciones extraordinarias que había impuesto el gobierno; no falta, sin embargo, quien lo achaque á la ineptitud del mismo que, por mas esfuerzos que ha hecho y filfas que ha inventado para mantener la ilusión de lo que llamaba triunfo del Callao, no ha podido dar gato por liebre y ve rebelarse contra él la opinión pública que le acusa de todos los desastres del país, el cual pide un arreglo decoroso con España.

Apenas inventados los fusiles de aguja, anúncianse perfeccionamientos de esta arma mortífera. Hasta hoy las agujas habían servido para coser; en lo sucesivo se aplicarán á usos contrarios. ¡Librenos Dios de una puntada de semejante instrumento! Poco há, un fusil mataba modestamente un hombre por minuto; en el mismo trascurso de tiempo, un fusil de aguja perfeccionado despacha hoy para el otro mundo algunas docenas. Hé ahí un medio fácil, rápido y seguro de resolver el problema social, que se presenta con aspecto

amenazador. La población, pese al cólera, á las guerras y á otras plagas que barren de vez en cuando, como con escoba, las naciones, va en aumento en todas partes; el consumo de los artículos mas necesarios á la vida, crece al mismo compás, pero no así su producción. ¡Habríamos, pues, de bendecir estos y otros adelantos análogos de la industria de la época? Responda quien lo sepa; limitémonos á consignar nosotros, para que no se diga que nos quedamos á la zaga, que en la fábrica nacional de Trubia se ha hecho el ensayo de un cañón de grueso calibre, el primero que en su género allí se construye, y que difícilmente habrá tenido rival en el extranjero, pues ha resistido 232 disparos, 40 con 2-5 kilogramos de pólvora, un taco y cuatro balas; y los 192 restantes con 5-522 kilogramos de pólvora, ó sean 12 libras, 11 balas y dos tacos. El cañón que mas, ha resistido hasta la fecha 134 disparos. La industria está de enhorabuena; adivinamos lo que pensarán las madres. ¡Cuándo vendrá el día en que se invente el medio de evitar una lágrima, una gota de sangre siquiera!

El órgano oficial del gobierno publica el convenio celebrado entre Portugal y España, para facilitar las comunicaciones y fomentar la producción, el comercio y los adelantos de entrambos países, estrechando al mismo tiempo los lazos de amistad que circunstancias lamentables habían ido relajando.

Los Campos Eliseos han vuelto á abrir sus puertas, y el público, aunque escaso, á consecuencia de la emigración veraniega, pasa en ellos algunas horas, respirando el fresco ambiente de sus jardines, y disfrutando de las diversiones propias de aquel sitio ameno. Con todo, no reina la animación que en otros años, y mucho tememos que si el señor Barbieri no lleva allí sus conciertos, con tanto entusiasmo acogidos, las ganancias de la empresa han de ser ilusorias.

Las noticias de teatros para la próxima temporada, pueden reducirse á lo siguiente: en el personal del Príncipe se asegura que no se harán grandes alteraciones; ciertamente, no las necesita: actores hay en él que si quieren sacudir su proverbial pereza, ó lo que sea, pueden sostener con gloria la bandera del arte: una de las cosas en que primero deben pensar, al efecto, es en presentar muchas y si es posible buenas novedades, abandonando producciones que ha visto el público hasta la saciedad, y que ya no responden á las exigencias actuales: hálase de Matilde y los Catalinas para el Circo: la actividad y la inteligencia de estos artistas son bien conocidas; pero nos atreveremos á indicarles que, si las aprovechan en favor de obras serias, no precisamente por su estilo, sino por su fondo, el verdadero arte lo agradecerá mas que abriendo la mano á otras que, si bien halagan los caprichos de un público viciado que se contenta con frivolidades mas ó menos ingeniosas, tienen la vida enfermiza de los seres raquíticos, y pasan pronto al panteón del olvido, sin que jamás vuelva nadie á acordarse ni de su nombre, por estrepitosa que haya sido su exhibición. Recuerden autores y actores que el teatro está caído, que hay que levantarlo, y que vivir de reminiscencias y de rutinas, dormidos al son de aplausos que nunca faltan, ni aun para lo absurdo, no es vivir, es prolongar la decadencia de la literatura escénica. Si hiciesen lo que con buena fe les aconsejamos, el público se lo premie, y sino se lo demande.

Hálase también de dos compañías extranjeras, una dramática, italiana, y otra de ópera francesa; al frente de la primera figura el señor Rossi, á quien el público barcelonés ha aplaudido hasta con frenesí en la representación del *Otello*, *Hamlet*, *Macbeth* y otras tragedias de Shakespeare, como al Talma de la época; la segunda la compondrán, se dice, artistas de primer orden. Ya ven nuestros lectores que la temporada entrante promete ser fecunda en grandes cosas; pedir mas, fuera pedir gollerías; ahora solo falta que la realidad corresponda á los anuncios; no es poco faltar, bien mirado; pero como la cosa no es imposible, nosotros no vacilamos en decir: puede ser. Así sea.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA RAZA CÉLTICA Y SU POESÍA POPULAR.

Si la excelencia de las razas se hubiera de apreciar por la pureza de su sangre y por la inviolabilidad de su carácter, no hay raza ninguna que pudiera disputar la supremacía á los restos aun existentes de la raza céltica. No ha habido una familia humana que haya vivido mas aislada del mundo y mas pura de toda alianza extranjera. Perseguida por la conquista, ha ido á fijarse á islas y penínsulas casi olvidadas, y ha puesto una barrera casi insuperable á las influencias de fuera; allí ha vivido, por decirlo así, solo de sí misma. De aquí ha nacido esa poderosa individualidad, ese odio á los extranjeros, que hasta el día es el rasgo especial del carácter de los pueblos célticos. La civilización romana no los alcanzó, y la invasión germánica pudo espulsarlos de algunos de los países que habitaban, pero no llegó á penetrarlos. En la actualidad resisten á la inva-

sión mas poderosa de la civilización moderna, que ha destruido tantas variedades locales y tantos tipos nacionales.

En esta vida retirada, en esta desconfianza contra todo lo que viene de fuera, es preciso buscar la explicación de los rasgos principales del carácter de la raza céltica. Esta raza tiene todos los defectos y todas las cualidades del hombre solitario; es á la vez orgullosa y tímida, poderosa por el sentimiento y débil por la acción; en su patria, libre y expansiva, fuera de ella, torpe y embarazada. Desconfía del extranjero, porque ve en él un ser mas refinado que ella, que se burlaría de su sencillez; no desea la admiración de los demás, solo pide que la dejen en sus hogares; es una raza doméstica formada para la familia y para los gozos interiores.

Se comprende fácilmente que una raza con estas condiciones era poco á propósito para esos brillantes desarrollos que imponen al mundo el ascendiente momentáneo de un pueblo, y hé aquí sin duda por qué el papel exterior de la raza céltica ha sido siempre secundario. Desnuda de toda expansión, extranjera á toda idea de agresión y de conquista, no tratando nunca de hacer prevalecer su idea entre otros pueblos, no ha hecho mas que ir retirándose, mientras ha tenido espacio, hasta que al fin se ha visto sitiada en su último asilo, en el que ha opuesto á sus enemigos una resistencia invencible. Su fidelidad misma ha sido siempre inútil; dura para someterse y atrasada para su época, ha permanecido fiel á sus vencedores, cuando éstos no eran ya fieles á sí mismos. Ha sido la última que ha defendido su independencia religiosa contra Roma, y ha llegado á ser el mas firme apoyo del catolicismo; en Francia, ha sido la última que ha defendido su independencia política contra el rey y la que ha dado al mundo los últimos realistas.

De este modo la raza céltica se ha gastado en resistir al tiempo y en defender causas desesperadas. Al parecer, en ninguna época ha tenido aptitud para la vida política; el espíritu de familia ha ahogado en ella toda tentativa de organización mas estensa. No parece tampoco que los pueblos de esta raza son susceptibles de progreso por sí mismos; su vida aparece como una condición fija que no es posible cambiar; dotados de poca iniciativa, demasiado inclinados á considerarse como menores y en tutela, creen fácilmente en la fatalidad y se resignan á ella.

De aquí viene ese sentimiento de tristeza que domina en todas sus tradiciones y poesías populares. Si examinamos los cantos de los bardos del siglo VI, veremos que son mas las derrotas que deploran que las victorias que cantan. Su historia misma no es mas que un largo lamento; recuerda sus destierros, sus emigraciones al través de los mares; no conoce este olvido singular de la condición humana y de sus destinos al que se da el nombre de alegría. Sus mas alegres cantos terminan por elegías; nada iguala la deliciosa tristeza de sus melodías nacionales; se diría que es una emanación divina que llegó al alma como un recuerdo de otro mundo.

La infinita delicadeza de sentimiento que caracteriza á la raza céltica, está íntimamente enlazada con sus necesidades de concentración. Las naturalezas mas expansivas son casi siempre las que sienten de un modo mas profundo. Si se pudiera decir que las naciones tienen sexo, afirmaríamos sin vacilar que la raza céltica es una raza esencialmente femenina. Ninguna raza ha manifestado tanto misterio en su amor; ninguna ha concebido con mas delicadeza el ideal de la mujer, ni ha sentido mas su dominio. En la extraña relación de Peredur, la mujer aparece como una especie de visión vaga que sirve de mediador entre el hombre y el mundo sobrenatural. Comparando á Ginebra con Iseult, dos tipos de mujeres de esta raza, con Gudruna y Chriesuhilde, de los escandinavos, tenemos que confesar que la mujer tal como la ha concebido el espíritu de caballería, este ideal de dulzura y de belleza, no pertenece mas que á la raza céltica.

El poder de la imaginación es casi siempre proporcionado á la concentración del sentimiento y al poco desarrollo exterior de la vida. La imaginación de los celtas, comparada con la de los griegos y los romanos, es el infinito comparado con el finito. En el bello *Mabinogi* ó relación del *Sueño de Maxen Wledig*, el emperador Máximo ve en sueños una joven tan hermosa que al despertar declara que no puede vivir sin ella. Durante muchos años sus enviados recorren el mundo para buscarla, y por último la encuentran en Bretaña. Así ha hecho la raza céltica; se ha fatigado tomando sus ilusiones por realidades y corriendo tras de sus infinitas visiones. El elemento esencial de la vida poética del celta es la aventura, es decir, el buscar lo desconocido, carrera sin fin tras el objeto que huye siempre del deseo. Hé aquí lo que San Brandan soñaba mas allá de los mares, lo que Peredur buscaba en su caballería mística, lo que el caballero Owenn pedía en sus peregrinaciones subterráneas. Esta raza quiere el infinito, tiene sed de él, le busca á cualquier precio, mas allá de la tumba, mas allá aun del infierno. El defecto esencial de todos los pueblos bretones, la inclinación á la embriaguez, nace de esta invencible necesidad de ilusión. No se diga que es el apetito de un goce grosero, porque ningún pueblo ha sido nunca

mas sobrio y mas ageno á toda sensualidad: los bretones buscaban en el hidromiel, lo que San Brandan, Owenn y Peredur buscaban á su manera, la visión del mundo invisible.

La literatura de los pueblos célticos, principalmente en sus cantos antiguos y en sus tradiciones populares, es la expresión de estos sentimientos, de estas ideas, en general melancólicas y profundas. Esta literatura se divide en tres partes distintas: la literatura de los bardos, que brilló con todo su esplendor en el siglo VI por las obras de Taliesin, Aneurin y otros y se ha continuado por una serie no interrumpida de imitaciones hasta los tiempos modernos; los *Mabinogion* ó literatura romanesca, que pertenece al siglo XII, pero que se refiere por el fondo de las ideas á las edades mas remotas del pueblo céltico; y una literatura clásica y de leyendas, que tiene un sello particular. Estos tres géneros parecen haber vivido juntos sin conocerse. Los bardos, orgullosos por su retórica solemne, despreciaban los cuentos populares, cuya forma les parecía demasiado ligera; en general, tanto éstos como los autores de cuentos, tenían pocas relaciones con el clero y casi podría suponerse que ignoraban la existencia del cristianismo. Creemos que la verdadera expresión del genio céltico debe buscarse en los *Mabinogion*, y es extraño que una literatura tan curiosa y que ha sido el origen de casi todas las creaciones romancescas de Europa, haya quedado desconocida hasta nuestros días. La causa de esto debe atribuirse sin duda al estado de dispersión en que se hallaban los originales, porque hasta el siglo último comprometían á sus poseedores, pues los ingleses los destruían como libros sediciosos.

Los dos principales manuscritos de los *Mabinogion* se han conservado, el uno, del siglo XIII, en la biblioteca de Hengurt, perteneciente á la familia Vaughan; el otro, del siglo XIV, conocido bajo el nombre de *Libro rojo de Hergert*, que se halla actualmente en el colegio de Jesus, en Oxford. El estilo general de los *Mabinogion* es mas bien romanesco que épico. La vida se considera allí de un modo sencillo y sin énfasis. La individualidad del héroe no tiene límites; son naturalezas nobles y francas que proceden en toda su espontaneidad. Cada hombre aparece como una especie de semidios caracterizado por un don sobrenatural; este don es casi siempre anejo á algun objeto maravilloso que es, en cierto modo, el sello personal del que le posee. Los productos un poco complicados de la industria humana, están considerados como seres vivientes y dotados á su manera de una propiedad mágica. Una multitud de objetos tienen nombres propios; entre estos objetos están el navío, la lanza, la espada y el escudo del rey Arturo; el ajedrez de Gwenddolen, donde las piezas negras juegan por sí solas contra las blancas; el cuerno de Bran-Galeds, donde se encontraba el licor que se deseaba; el carro de Morgan, que se dirigía por sí mismo al punto á que se quería ir; la piedra de afilar, de Tudwal, que no aguzaba mas que la espada de los valientes; el manto de Tegan, que solo podía ponersele una mujer que fuera intachable, etc., etc.

En estos cuentos, el animal está representado de un modo mas individual todavía; tiene nombre propio, cualidades particulares, y un papel que cumple á su manera y con plena conciencia. A veces el mismo héroe aparece como hombre y animal á un tiempo, sin que se pueda trazar la línea de demarcación de estas dos naturalezas. Hay seres perversos que insultan á las damas, que tiranizan á sus vecinos, y no se complacen mas que en el mal, porque tal es su naturaleza; los caballeros de Arturo los persiguen, no como á culpables, sino como á seres maléficos. Los demás son completamente buenos y leales, pero están mejor ó peor dotados. Es el sueño de una raza amable y dulce que concibe el mal como obra de la fatalidad, y no como producto de la conciencia humana. La naturaleza entera está encantada y es fecunda en creaciones, variadas á lo infinito como la imaginación misma.

El atractivo principal de los *Mabinogion* está, sobre todo, en la dulce serenidad de la conciencia céltica, que no es triste ni alegre, y se halla suspendida entre la sonrisa y las lágrimas. Lo que desde luego choca á primera vista en las composiciones ideales de las razas célticas, sobre todo cuando se las compara á las de las razas germánicas, es la estremada dulzura de costumbres que se respira en ellas. No hay allí ninguna de esas venganzas horribles que se encuentran en la Edda y en los Nibelungen: comparando al héroe germánico y al céltico, á Beowulf con Peredur, ¡qué diferencia! Allí todo el horror de la barbarie sangrienta, la embriaguez de la carnicería, la destrucción y la muerte; aquí, al contrario, un profundo sentimiento de la justicia, una gran exaltación de la altivez individual, es verdad; pero también una gran necesidad de fidelidad, una cortesía exquisita. El hombre primitivo de la Germania, desagrada por su crueldad, que le hace ingenioso y fuerte para aborrecer y para dañar. El héroe céltico, al contrario, aun en sus mayores extravíos, parece dominado por los hábitos generales de benevolencia, por una viva simpatía hacia los seres débiles. Los pueblos célticos llevaron este sentimiento hasta en sus creencias religiosas; han tenido compasión hasta del mismo Judas. San Brandan le encontró un día, según una tradición, en una roca que se

hallaba en medio de los mares polares. Judas pasa allí un día cada semana, para refrescarse de los fuegos en que está en el infierno, por haber vendido á nuestro divino Salvador; un paño que había dado un día á un leproso está suspendido delante de él, y sirve para templar en parte sus sufrimientos.

Los Mabinogion se dividen en dos clases completamente distintas: los unos, se refieren exclusivamente á las dos penínsulas de Gales y de Cornualles, y son relativos al personaje heroico de Arturo; los otros, extraños á este, tienen por teatro, no solo las partes de Inglaterra que han quedado habitadas por los celtas, sino la Gran Bretaña entera, y nos vuelven, por los personajes y los recuerdos que mencionan, á los últimos tiempos de la dominación romana. Esta segunda clase, mas antigua que la primera, á lo menos por el fondo del asunto, se distingue tambien por un carácter mucho mas mitológico, por un empleo mucho mas atrevido de lo maravilloso, por una forma enigmática, y por un estilo lleno de aliteraciones y de juegos de palabras.

Lo que choca principalmente en estas estrañas relaciones, es el lugar que ocupan los animales transformados por la imaginación céltica en criaturas inteligentes. Las mismas leyendas eclesiásticas están teñidas de este color; entre otros muchos ejemplos que refieren las tradiciones eclesiásticas, se menciona que un día san Kevin se durmió haciendo oración en su ventana, con los brazos estendidos; una golondrina vió que la mano del santo era un punto escelente para hacer su nido, y el santo, al despertar, viendo que la madre estaba empollando, no quiso quitarla, y esperó para moverse á que salieran los hijos.

(Se concluirá.)

M.

FUNDACION DE LAS BARONIAS EN EL

SISTEMA FEUDAL.

Las hordas del Norte que inundaron á Europa y destruyeron por completo el imperio romano, fueron seguramente impulsadas mas por la codicia de apoderarse de un rico botín que por el deseo de formar nuevos establecimientos; así se observa que sus primeras irrupciones no tienen consecuencia alguna social que sea digna de notarse, si bien son de notar los violentos excesos á que se entregaban aquellas tribus bárbaras, en los países que invadían.

Escitados y conmovidos por jefes audaces, abandonaban sus desiertos y con inaudita violencia caían sobre las provincias mas próximas á sus bosques, á los que regresaban despues de talar á sangre y fuego todo el territorio que recorrían, pasaban á cuchillo á sus inermes habitantes, y se ocultaban en sus espesas selvas cargados de ricos efectos, prodigando los tratamientos mas feroces á los cautivos que en número considerable internaban en sus glaciales desiertos.

El éxito feliz de estas primeras escursiones, los relatos que á su regreso hacían los invasores de la abundancia de los campos y de la riqueza de las ciudades que habían recorrido, comprobado con los abundantes despojos con que se retiraban, movieron la ambición de algunos fieros aventureros que con deseos de riquezas y seguros de encontrar en otros países comodidades para ellos desconocidas, invadieron y devastaron sucesivamente las fronteras del imperio romano.

Insensiblemente fueron internándose en el imperio, obligados á hacerlo por la precaria situación á que tan frecuentes invasiones habían reducido las provincias fronterizas, ya del todo arruinadas; y despues de haber atravesado estensamente el país, se les presentaron grandes dificultades para regresar al suyo; de aquí la necesidad de establecerse formalmente en el país subyugado. Entonces cesan aquellas repentinas y alarmantes escursiones que turbaban de tiempo en tiempo la tranquilidad del imperio, y son reemplazadas por otra calamidad mas temible: aquellos violentos saqueadores de Occidente se hacen dueños absolutos, por el derecho de la fuerza, de las provincias que les parecían mas fértiles y ventajosas, y se establecían en ellas con sus mujeres, sus hijos y sus esclavos, sin que por esto llegaran á tomar apego alguno al país que habitaban, pues tan luego como otro les ofrecía mayores comodidades abandonaban el primero, despues de causarle las mayores vejaciones, y su salida generalmente era seguida de la llegada de una nueva colonia que venia á establecerse en el país abandonado por sus primitivos señores; de esta manera Italia, las Galias, la Tracia, España y aun la misma Roma, se vieron invadidas por diferentes razas de bárbaros que las oprimían cruelmente, en tanto que estas tribus se destrozaban entre sí con el odio mas sangriento.

No debe, pues, estrañar que pueblos que tan poco amor tenían á su patrio suelo, que con tan poca repugnancia emigraban de un lado á otro, tuvieran sus pasos de sangre humana, talando, arruinando y devastando cuanto se les ponía por delante; ni el rango, ni la edad, ni el sexo, eran obstáculos á contener la fiereza de sus instintos. Lo que podía escapar con for-

tuna de sus primeras correrías era aniquilado en las escursiones siguientes: el hambre, la guerra y la peste, compañeras inseparables de esta clase de desórdenes y devastaciones, vinieron á colmar los sufrimientos y penalidades de los pueblos. No hay ciertamente voces bastante enérgicas para describir con exactitud tantos horrores.

Seguramente, si se investigan las causas que produjeron tan desastrosos resultados y facilitaron á las empresas de los hijos del Norte un éxito tan feliz, escediendo con mucho sus esperanzas, se deben buscar en la relajación de costumbres, en la voluptuosidad, la corrupción y la molición que se habían apoderado del imperio, que consumido y debilitado no tuvo la fuerza suficiente para resistir tan rudos golpes. Los vicios del imperio romano cavaron la tumba en que se derumbó, con las grandezas, los monumentos, los recuerdos y las tradiciones de la Roma republicana.

El espíritu guerrero, el arrojo y el valor audaz que distinguía á las naciones bárbaras, ofrecían notable contraste con los afeminados y orgullosos soldados romanos, completamente indisciplinados.

No es nuestro objeto detenernos á enumerar las infinitas causas que contribuyeron á la caída del imperio, y solo hemos tratado de apuntar ligeramente los progresos que los destructores de Europa obtuvieron en sus sangrientas conquistas, para esponer con la brevedad que permiten los límites de este artículo, la situación social de estos cabalgadores del Norte, en sus primeras conquistas.

Segun Montesquieu (1), las naciones que brotaron del Norte de Europa habían sido hasta entoces las mas libres que se conocían; pero aun los hunnos y los alanos, cuyas regiones el mismo autor dice han sido reputadas por las mas esclavizadas, gozaban, sin embargo, de un grado de independencia y libertad que no parece compatible con la subordinación necesaria para mantener la union social, que era la base y fundamento de su organización. Estos pueblos independientes, seguían á un caudillo, á quien acompañaban y obedecían en la conquista de nuevos establecimientos; pero lo hacían, no forzosamente, sino como voluntarios, no como soldados á quienes despóticamente se les puede mandar, sino como hombres libres que espontáneamente se han ofrecido á obedecer. Así estos ejércitos, compuestos de hombres acostumbrados á la salvaje libertad de sus bosques, no hacían ni coadyuvaban á las conquistas para perderla, y si solo con el deseo de mejorar y acrecentar sus bienes: ellos no combatían por el beneficio que de ello pudiera resultar á sus jefes, sino en provecho propio. Consideraban sus conquistas como propiedad común, á la que cada uno tenía derecho de participar de la misma manera que habían contribuido á adquirirla; y aunque no conocemos documentos auténticos que nos aclaren la forma en que se hacía y los principios que se tenían presentes para la repartición de tierras, y que seguramente existirán y serán conocidos de personas mas doctas y de mas vasta erudición, no admite duda que el nuevo reparto de tierras creó nuevas costumbres, estableció nuevos principios, y echó los fundamentos á ese orden social antes desconocido, á esa forma de gobierno hasta entonces ignorada, y que se conoce hoy con el nombre de *sistema feudal*.

La uniformidad con que el gobierno feudal se estableció en Europa ha hecho suponer á algunos que aquellas razas de tan diferente origen entre sí, que procedían de regiones tan apartadas, que hablaban tan diverso idioma, y cuyos jefes eran tan distintos, tenían, sin embargo, la misma procedencia, fundándose para esto en la espontaneidad con que todas habían admitido el nuevo sistema de gobierno; pero nosotros creemos, y es nuestra pobre opinión, que la causa de esta uniformidad tan universalmente manifestada, debe buscarse en el estado de la sociedad, en las costumbres primitivas de estos incultos dominadores y las circunstancias que los rodeaban al tomar posesión de sus nuevos dominios.

Como quiera que los conquistadores de Europa se veían obligados á defender sus territorios, no solo de los desposeídos habitantes, sino tambien de las continuas invasiones de nuevos aventureros, su primer cuidado fue acordar lo conveniente para atender á su defensa: con el fin de gozar la mayor seguridad, en vez de aquella omnimoda libertad que gozaban en sus desiertos, se unieron entre sí mas estrechamente, sacrificando sus derechos, y todo hombre que poseía tierras estaba obligado á defender el país con las armas al ser invadido por enemigos: el rey ó el caudillo que había conducido la tribu á la guerra, quedaba siempre al frente de la colonia, y sus tierras eran mas considerables. El repartía las tierras imponiendo la obligación de defenderlas, y el que las recibía se obligaba á armarse en defensa del territorio, siempre que el jefe lo creyera conveniente, y á contribuir con un número de hombres proporcionado al terreno que poseía: los jefes principales distribuían entre sus secuaces un pedazo de tierra con iguales condiciones. Hé aquí la base del feudalismo.

Si este orden de cosas era muy eficaz para defender

(1) Dans l'*esprit des lois* lib. XVII, cap. 5.

la sociedad contra una potencia extranjera, era del todo impotente para sostener el orden público é ineficaz para conservar la tranquilidad. Bien pronto los grandes vasallos se sublevaron violentamente, exigiendo se les reconociese dueños de por vida de las tierras que habían recibido, y cuyo usufructo no debían gozar sino el tiempo que fuera del agrado del jefe supremo: dado este paso, les fue fácil obtener que los feudos se constituyeran en hereditarios, y dando rienda á la audaz ambición y sin límites que les dominaba, se abrogaron pomposos títulos que se vincularon en ciertas familias, y como los feudos, se transmitieron en sucesión de padres á hijos. Este es el origen de las famosas baronías hereditarias basadas en el feudalismo, que se vino al suelo á impulsos de los excesos y ambiciones de esta su primera aristocracia, la cual, guiada por sus instintos de independencia, acometió nuevas y arriesgadas empresas que, desmembrando las prerogativas del soberano, aumentaba las suyas. Los barones obtuvieron el derecho de acuñar moneda, entendían de todos los negocios civiles y criminales de su territorio y tenían el privilegio de declarar la guerra á sus enemigos particulares, por solo su voluntad, sin contar con la del soberano.

Ellos se desdeñaban en ser tenidos por vasallos, y en su deseo de ser independientes por completo, rompían los lazos que les unían con la corona: los reinos eran divididos en tantos principados cuantos barones poderosos había; los celos, las envidias y las rivalidades se cruzaban por todas partes y encendían la discordia y fomentaban las guerras: estas querellas sangrientas, estas turbulencias y alarmas continuas consternaban los pueblos, y Europa gemía bajo el peso de tanto castillo y fortaleza como oprimía su suelo, mas para defender á sus moradores de hostilidades domésticas que de invasiones extranjeras: la anarquía reinaba por todas partes; el pueblo reducido á una miserable servidumbre: el rey despojado de su poder, ni podía consagrarse á dotar al país de leyes saludables, que tampoco hubieran sido respetadas, ni tenían autoridad alguna para castigar al culpable ni proteger al inocente; se perdieron absolutamente las ideas de sumisión política, y del sistema feudal no quedó sino una sombra.

El tiempo y las costumbres vinieron á legitimar este nuevo orden de cosas, haciendo respetable este funesto sistema establecido por la violencia, que en España desapareció para siempre bajo el glorioso reinado de la Primera Isabel.

MANUEL CASTRO Y GUERRA.

EL MIANTONOMAH,

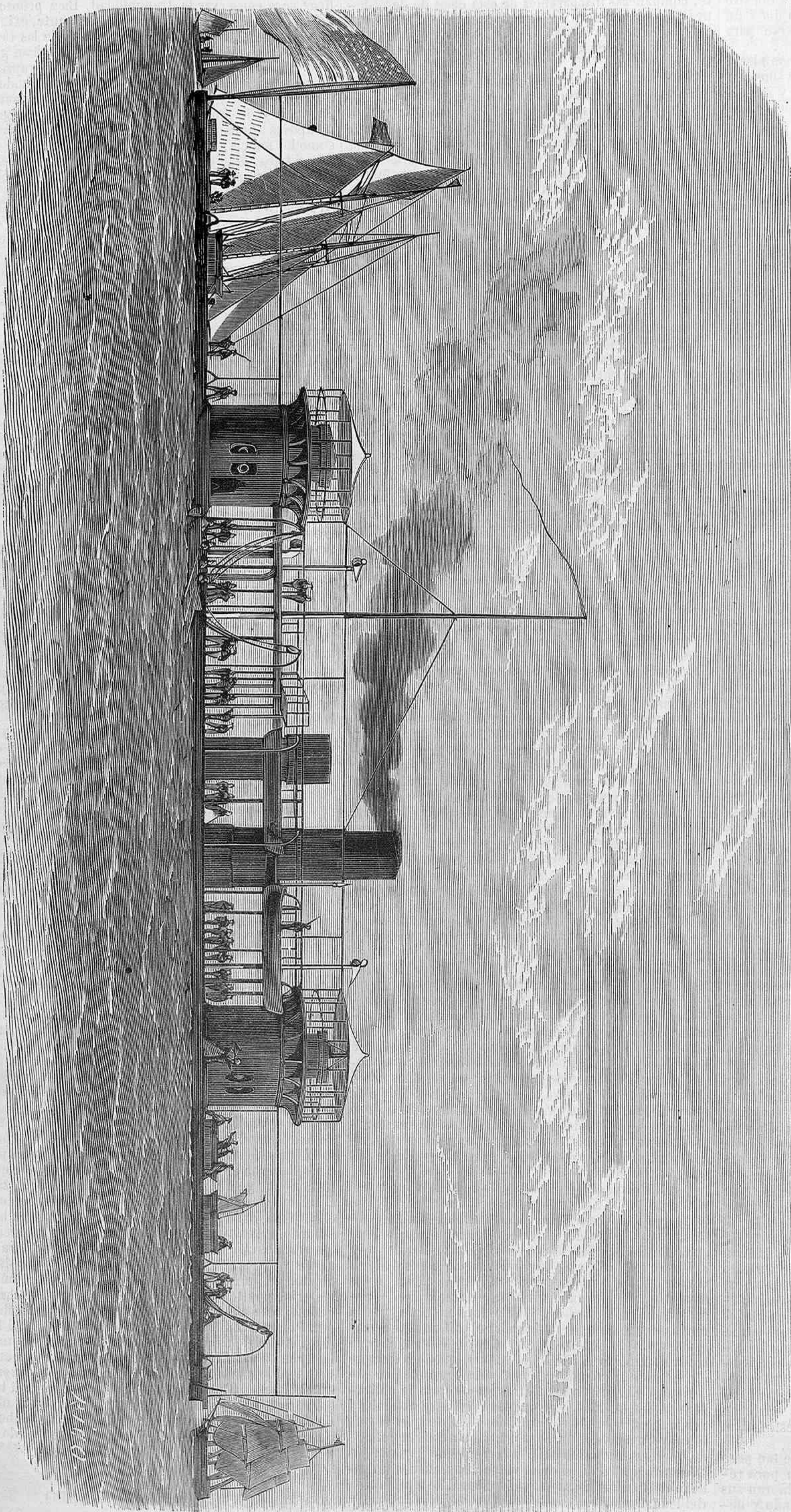
BUQUE CON TORRECILLA, DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

El *Miantonomah*, buque con torrecilla de los Estados-Unidos, ha estado en Sheerness, por espacio de algunos días, y allí le visitaron el sábado último, el príncipe de Gales y el duque de Edimburgo. Sus altezas reales fueron conducidos á Sheerness por un tren especial, por el ferro-carril de Londres, Chatham y Douvres, recibiendo en la estación el vice-almirante sir Baldwin Walker, almirante del puerto, y un gran número de oficiales de marina y del ejército. De allí fueron en carruaje abierto hasta el puerto, en el que gran número de ellos se embarcaron en botes para ir al buque. Mr. Adams, ministro anglo-americano, el cónsul de la misma nación y varios individuos de la legación, habían llegado á Sheerness en un tren que había ido mas temprano, y pudieron recibir á bordo á sus altezas reales. El *Formidable* (el buque comandante), y el *Cumberlands* (buque guarda-costas de la reserva al vapor) se adornaron con infinidad de banderolas. Ambos buques y las baterías del puerto hicieron los saludos de ordenanza. Cuando los príncipes llegaron al buque, los recibió á bordo el capitán Beaumont, y se formó una guardia de honor, izando al mismo tiempo el pabellón de los Estados-Unidos en el palo mayor. Sus altezas reales emplearon tres horas á bordo, y examinaron cuidadosamente las torrecillas, los grandes cañones de 428 libras, los aparatos para cargarlos y dispararlos, las máquinas y todos los demás objetos de interés. Despues de visitar todos el buque, los príncipes fueron obsequiados con un refresco, y cuando éste terminó, se embarcaron en el yacht de Mr. Perm para Strood, desde donde volvieron á Londres. Antes de salir del buque, los príncipes manifestaron su satisfacción y placer por la cortesía que habían tenido con ellos. El *Miantonomah* y el *Augusta*, buque que le acompaña, salieron de Inglaterra el lunes para hacer una escursión por el Báltico, con el objeto de visitar á Copenhague, Cronstadt y San Petersburgo; despues visitarán de nuevo á Inglaterra antes de volver á América.

DON CASIANO DE PRADO.

Pocos serán entre nuestros lectores los que no conozcan este nombre, y de fijo le conocen todos aque-

«EL MIANTONOMAH» BUQUE CON TORRECILLA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.



llos que se hayan dedicado siquiera sea someramente, al estudio de las ciencias naturales, que con tanto provecho y lustre de su patria, cultivó el que lo llevaba, sacrificándose en una edad ya avanzada al incesante afán de ensanchar la esfera de sus conocimientos. Ya que desgraciadamente los hombres de ciencia no suelen obtener entre nosotros grandes recompensas ni honores, permítasenos al menos á los que los apreciamos en lo que valen, exhalar una doliente queja, al ver que desaparecen de entre nosotros algunos de esos venerables ancianos, llenos de ciencia y de celo, que constituyen las mas relevantes glorias de nuestra patria; glorias que llevan por do quier la vida, la prosperidad y la fortuna, y que nos hacen apartar la horrorizada imaginación de cuadros de estragos y de desastres; glorias que no van nunca manchadas con la sangre de nuestros semejantes; glorias que debieran ser consideradas en el mas alto grado, y que lejos de eso suelen pasar desapercibidas para muchos.

Don Casiano de Prado nació en la ciudad de Santiago, en el año de 1797, y antes de terminar en ella sus estudios de matemáticas y ciencias naturales, fue encerrado en un calabozo de la Inquisición durante quince meses, por no ser afecto á las ideas de represión y absolutismo, que imperaban en las primeras décadas de este siglo.

A su salida de la Inquisición, se dedicó á la carrera de arquitectura, y habiéndola empezado bajo la dirección de su padre, vino luego á Madrid con el objeto de terminarla; pero á instancias del conocido mineralogista don Jacobo María Parga, desistió de esta idea, amplió su instrucción en la mineralogía, física y química, asistió al curso de química analítica y docimacia que se dió en la Dirección general de Minas, y obtuvo el título de alumno pensionado del ramo, con el insignificante sueldo de 4,400 reales en 1829, siguiendo su carrera en los establecimientos de Estado, hasta que en 1834 fue nombrado primer ingeniero de tercera clase.

Desde esta época no cesó de trabajar con la laboriosidad mas esquisita en todos los ramos concernientes á la minería, dedicándose sobre todo á los estudios geológicos, que llegaron á constituir su verdadera especialidad, y publicando escritos muy interesantes relativos á los establecimientos del Estado, principalmente al de Almadén, en el cual fue director y superintendente, y donde llevó su aplicación hasta el punto de bajar casi todos los dias á inspeccionar las excavaciones, colocadas á centenares de metros de profundidad, cosa que no hacen ni los mismos trabajadores, por las condiciones especiales del criadero y las enfermedades que ocasiona la permanencia dentro de la mina.

Paulatinamente y teniendo que sufrir algunas postergaciones, llegó de puesto en puesto al de inspector general de segunda clase, y á pesar de su edad ya avanzada, marchó á principios de junio último, á hacer una escursión geológica por las islas Canarias, donde contrajo la terrible enfermedad que le ha arrebatado á sus parientes y amigos.

Pertenecía á casi todas las corporaciones científicas, nacionales y extranjeras, y las citas que se hacen con gran elogio de su nombre en muchos escritos de distinguidos geólogos franceses, ingleses y alemanes, prueban claramente la alta reputación que habia llegado á obtener en Europa.

Como individuo de la comisión del Mapa geológico, y posteriormente de la Junta de Estadística, es como ha verificado sus mas importantes trabajos, entre los que se cuentan los Mapas geológicos de las provincias de Madrid, Avila, Segovia, Salaman-

ca, Leon, Palencia y Valladolid, algunos de los cuales no han visto la luz pública, pero que tenia completamente concluidos. También son de gran interés las diferentes memorias que publicó como miembro de esta comision, siendo digna de elogio la economía con que practicaba sus escursiones, llevando por todo material un martillo y una brújula, y volviendo siempre acompañado de numerosos e interesantísimos ejemplares que hoy forman excelentes colecciones, conservadas en su mayor parte en la Escuela especial de Minas.

Su última obra *Descripcion física y geológica de la provincia de Madrid*, es notable por mas de un concepto, y encierra el resultado de sus profundos estudios sobre el suelo de esta provincia. Además, dió á luz otras muchas obras científicas sobre las minas de Almadén y Riotinto, las provincias de Avila y Leon, los manantiales de Carratraca, el criadero de fosforita de Logrosan, etc., y algunas políticas, entre ellas la que lleva por título *El terrible para todos*.

Estaba condecorado con la encomienda de Cristo de Portugal.

Muy recientemente lo habia sido con la gran cruz de Isabel la Católica, ingresando en la Academia de Ciencias exactas físicas y naturales, en la que leyó una Memoria llena de erudicion y de ciencia sobre las diferentes temperaturas porque ha pasado nuestro globo en la sucesion de los tiempos geológicos.

Como hemos dicho antes, en alas de su deseo de estudiar y sin tener en cuenta su edad, ni las malas condiciones del clima á que marchaba en el principio de verano, hizo en el mes de Junio una escursion geológica á las Islas Canarias, y apenas volvió de ella, fue acometido de una violenta enfermedad que ya hacia algun tiempo venia anunciándose, y que le condujo al sepulcro en poco mas de 48 horas, sin permitirle ordenar ni estenderlos juiciosos datos que traía de aquellas islas.

Dios habrá acogido en su seno al mártir de la ciencia; nosotros, ya que no podemos hacer otra cosa, le guardaremos siempre en el corazon un tributo de respeto y de cariño, derramando una sentida lágrima á su memoria.

L. BARINAGA.

SAN MILLAN

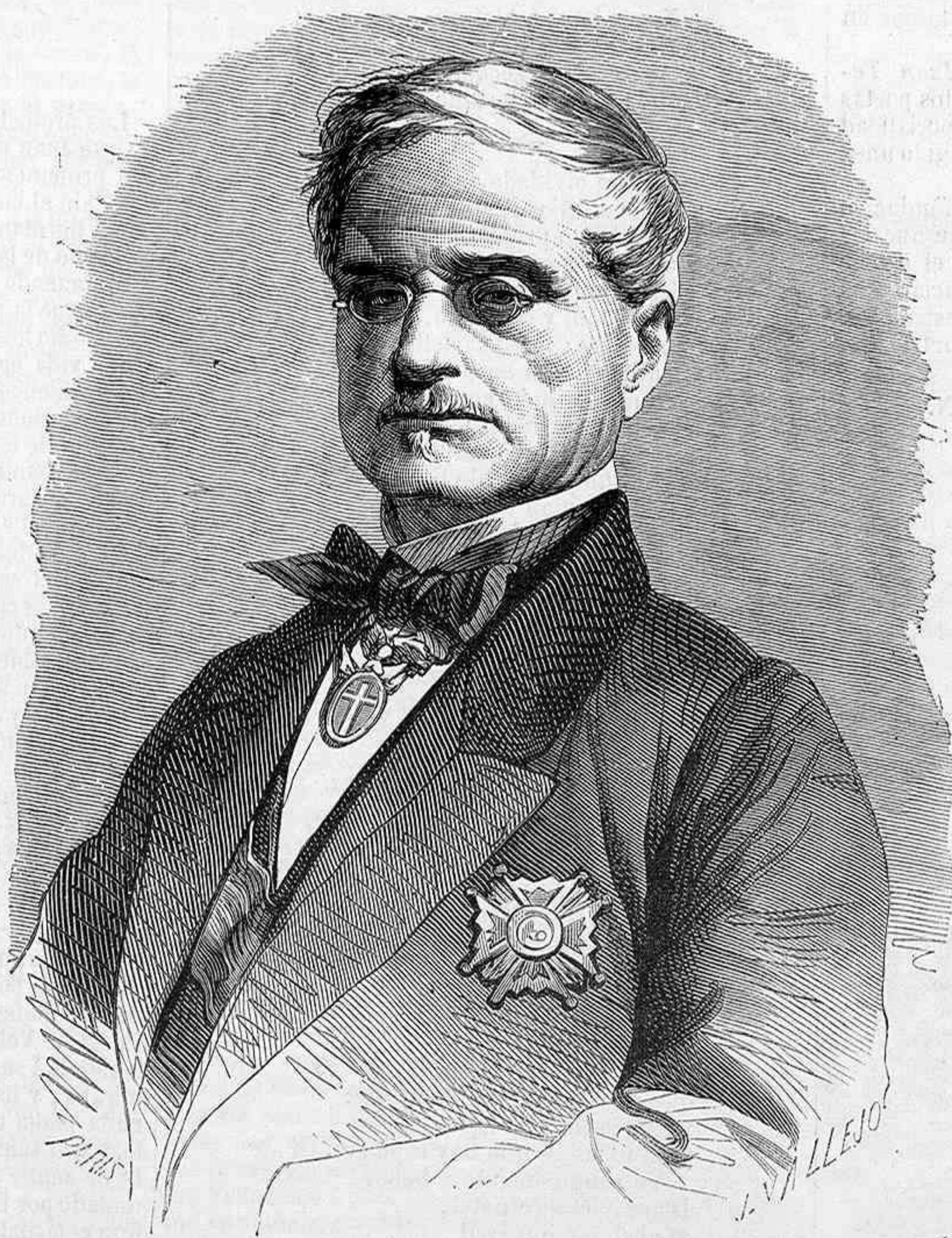
DE LA COGULLA

ó

SAN MILLAN DE SUSO.

El caseron que representa la viñeta que damos en este número, y que tiene el aspecto de una simple ermita, es lo que fue monasterio de San Millan de la Cogulla ó *San Millan de Suso*, como lo llaman los del país, para diferenciarlo del otro San Millan de Yuso, que está á un cuarto de hora de distancia, y al cual dan el sobrenombre de *El Escorial de la Rioja*, por las riquezas que ostentó en otros tiempos.

El que nos ocupa es el mismo histórico lugar en donde hizo penitencia San Millan; y en una cueva de viva roca, en la que se penetra por el coro



DON CASIANO DE PRADO.

del cual hay la siguiente inscripcion:

«AQUÍ FUE DONDE SAN MILLAN VENCIO VISIBLEMENTE Á SATANÁS.»

Irregular es la forma general de lo que fue monasterio, y por demás mezquino, pues parece ser que era corto el número de monjes que residian en Suso. La mayoría de la comunidad vivia en Yuso, que se halla, como hemos dicho, á un cuarto de hora de distancia, al pie de la montaña y en el pueblo llamado San Millan. Al pasar de los umbrales de la puerta que consta en la viñeta, se deja ver una larga estancia con sepulcros por ambos lados, y que contienen los restos de los siete infantes de Lara, entrando desde allí á la iglesia por uno de sus lados. Irregular es también la forma de su planta, especie de rectángulo prolongado, dividido en dos naves por una fila de severas columnas que sostienen arcos de herradura. Nótese cierta mezcla de romano y oriental, que parece ser del siglo X, en toda su estructura, como asimismo en tal cual pequeño fragmento que se manifiesta al través de las gruesas capas de cal en algunos puntos del muro, y especialmente inmediato á la puerta de ingreso á la iglesia. Nada se conserva del antiguo mobiliario de ella, y solo un retablo de principios del siglo XV atestigua ser lugar aquel de devocion, conservándose desprovisto todo lo demás.

En las obras de Yepes y Morales y hasta en el Romancero general, pueden hallarse mas datos sobre San Millan de la Cogulla.

El ilustre poeta don José Zorrilla ha contestado con la siguiente poesía á la carta que nuestro querido amigo, el señor don Pedro Antonio de Alarcon, nos dirigió dán-



VISTA EXTERIOR DEL ANTIGUO MONASTERIO DE SAN MILLAN DE LA COGULLA, ó «SAN MILLAN DE SUSO.»

dole la bienvenida, y que nosotros insertamos en nuestro número del 5 del actual.

En otra carta particular, el autor de *Don Juan Tenorio* encarga al señor Alarcon que salude á los poetas que han cantado su vuelta á España, y con especialidad al señor don Narciso Campillo, que le ha dirigido unos preciosos versos, publicados en *La España*.

EL MUSEO UNIVERSAL, consagrado desde su fundacion á enaltecer las glorias literarias y artísticas de nuestra patria, se honra y complace mucho siendo el eco de todas estas inspiraciones, que parecen anunciar una nueva época de florecimiento para las letras españolas.

Hé aquí la citada composicion del inmortal Zorrilla:

A PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

¡Dios te bendiga, Alarcon,
por tu carta bienvenida!
Por ella á muerte y á vida
es tuyo mi corazon.

Y aunque una gota de hiel
con el recuerdo tan triste
de quien tanto amé, vertiste
al fin de tu carta en él,

No por eso será esquivo
mi corazon para tí,
pues me ayuda el que perdí
á hallar su afecto en tí vivo.

¡Dios haya en la eternidad
recibido su alma buena!
La mía, de su fe llena,
dejó su santa amistad.

Tendamos un santo velo
sobre el mármol que le encierra:
nuestra alma debe la tierra
cruzar vestida de duelo.

Hablemos de hoy, de otra cosa:
tu noble carta al leer
he sentido tal placer,
que en el alma me rebosa.

Hablas de mí de tal modo,
que si de mí piensa hoy
como tú mi patria, voy
tal vez á atreverme á todo.

Si de tu carta supieras
cómo obran en mí á estas horas
las palabras tentadoras,
lo que escribes no escribirías.

Nunca tuve otra ambicion
que ser en mi patria amado:
si engañarme has intentado...
¡Dios te perdone, Alarcon!

¿Sabes tú lo que es tener
entre tí y España el mar,
y á que se seque esperar
á España para volver?

¡Pues once años pasé así!
bien quisto, tal vez amado,
sí: pero desesperado
de volver nunca, ¡ay de mí!

Tenia oro y no podía
pagar jamás mi pasaje,
y á la eternidad el viaje
tener que emprender temia.

¡Han sido once años de afán!
aunque me los ha endulzado
el pueblo que me ha hospedado,
conmigo siempre galán.

¿Concibes, buen Alarcon,
cuando tu carta he leído,
lo que sentir he debido
en mi español corazon?

Dios me tuvo en tierra agena
once años encadenado,
y hubiera muerto expatriado
si él no rompe mi cadena.

Yo creo en Dios: sí, en verdad:
humillé ante él mi cabeza,
y aguardé con entereza
la muerte ó la libertad;

Y atado de pies y manos,
de la calumnia y la envidia
sentí herirme con perfidia
los agujones villanos.

¡Y no eran, Pedro, de allí,
los que allí á traicion me herian!
¡Pedro, los dardos venian
envenenados de aquí!

Mas mi fe en Dios es completa;
cristiano soy, y prefiero
la lealtad del caballero
á la fama del poeta.

Yo nunca he sabido odiar;
quienes me ultrajaron sé,
pero sus nombres eché
con sus ultrajes al mar.

Dios me otorgó su perdon;
y mi cadena al romper,
me mandó á España volver
sin ira en el corazon.

No me hará un triunfo arrogante:
si alguno un guante me arroja,
le ruego que le recoja
sin que yo se le levante.

Creíme olvidado aquí,
aunque en Dios siempre fié:
mas da harto premio á mi fe,
si aun os acordais de mí.

Dices muy bien, Alarcon;
solo español y cristiano,
fui siempre; buen castellano,
el cantor de mi nacion.

Nunca opinion he tenido,
ni política manilla:
solo á la prez de Castilla
mirado hé por donde he ido.

Si mi nacion me lo estima,
¡benditos sean de Dios
los duelos que llevé en pos,
los años que traigo encima!

Perdona estas digresiones
á que me impulsó tu carta;
y antes que á Madrid me parta,
lee mis últimas razones.

Traigo un voto que cumplir:
deja que, antes de cantar,
diga á Dios ante el altar
lo que debo á Dios decir.

Deja que un momento en calma
con Dios mis deberes llene:
aguarda á que Dios serene
la tempestad de mi alma.

Supongo que no imaginas
que ansio palmas ni honores:
yo viví sembrando flores,
y en todas sé que hay espinas.

Yo vengo ansioso á beber
la luz y el aire natal,
al anahuac imperial
por si tengo que volver.

Yo amo aquella infeliz tierra:
¡quién algo del corazon
no deja en una prision
que por once años le encierra!

Mi palabra allí empené:
y aunque en extranjero hogar
allí tenga que espirar,
mi palabra cumpliré.

Si á quien mi palabra dí
rico y feliz fuera, yo
se la pidiera, pues no
ne cesitara de mí;

Mas como se puede hallar
solo, á la merced de Dios,
no he de ser yo de los dos
quien al otro ha de dejar.

A él mi palabra me liga:
si él de ella no me desata
ó Dios antes no me mata,
mi fe á cumplirla me obliga.

Pues debo á la corte ir
y en ella te debo ver,
cuándo y cómo debe ser
te debo á un tiempo advertir.

Aun traigo unas trovas viejas
que cantar en mi harpa rota,
y traigo una que otra nota
sobre cuentos y consejas;

Y aun traigo algo que decir,
pues que mi oficio es hablar,
y algo traigo que contar,
si me lo quieren oír.

Mas como (si gran fortuna
no) tuve en Castilla casa,
voy antes á ver qué pasa
por la casa en que hube cuna:

Así que, antes que á Madrid,
tengo que ir á investigar
si me guardan un hogar
Burgos ó Valladolid.

Despues... si deseas flores
derramar ante mis huellas,
sea: yo sabré con ellas
una guirnalda trenzar;
y á estilo de mis mayores,
en un templo, de fe en prenda,
haré de ella á Dios ofrenda
antes de hacerme á la mar.

ANTON MARTIN.

(CONCLUSION.)

Los protectores de Pedro de Velasco, comprendiendo que Juan de Dios debía conocer á Anton, le buscaron proponiéndole le hablase para conseguir su perdon, sin el cual debía morir en un cadalso el asesino de su hermano. Accedió el santo á su peticion, compadecido de la desgracia que les movia á dar aquel paso, y conociendo quizá que habia otro medio mas á propósito que la pena de muerte para satisfacer á la sociedad, como lo es, en efecto, un arrepentimiento sincero, y una vida ejemplar consagrada en beneficio de aquellos á quienes se ha estraviado con el escándalo de las malas acciones.

Lleno de ese espíritu superior, propio de las almas en que domina la caridad, fue Juan de Dios en busca del desgraciado hermano de Pedro de Aragon, y le encontró en la calle que en Granada llamaban de la Colcha, rodeado de algunos compañeros de sus vicios. Llevaba el santo oculto en la manga el crucifijo, que por lo general pendia de su cuello, y al ver á Anton, derramando abundantes lágrimas, recordando quizá aquel terrible momento de su vida, en que siendo soldado estuvo á punto de sufrir la última pena, se arrojó á sus pies, y comenzó á hablarle con su acostumbrada uncion. Escuchábase Anton entre conmovido y asombrado, y cuando repuesto acaso iba á negarle su súplica, sacando el crucifijo y apelando á los caritativos sentimientos que sabia continuaban vivos en su corazon, le pidió por Aquel que aun cuando inocente habia muerto en la Cruz por la salvacion de los hombres, perdonase al asesino de su hermano.

Las palabras, la postura, la decision de San Juan de Dios, dejaron abismado á aquel hombre, que aunque dominado por la sed de venganza, no queria vengarse de un indefenso. Si se hubiese visto frente á frente de Pedro de Velasco hubiera, muerto uno de los dos; pero teniendo á sus pies á un hombre á quien respetaba y admiraba, y hablándole en nombre de un Dios á quien nada podia negar, no vaciló un solo instante, é hizo lo que el santo le indicaba. Pero la emocion que acababa de sentir era tan profunda, hallábase de tal modo dominado por la influencia del bien, que como una atmósfera celestial habia formado en torno suyo Juan de Dios, que cuando éste se levantó, postrándose á sus pies, le pidió le admitiera para servir á sus órdenes á los pobres del hospital. La alegría que dominaba al santo, y el deseo de completar su buena accion, le hicieron acceder á su súplica, y juntos y rodeados de la muchedumbre que se habia reunido á presenciar aquella escena, marcharon á la cárcel, donde se hallaba Pedro de Velasco.

No podia sospechar el asesino de Pedro de Aragon, que con tanta facilidad llegara á perdonarle su rival. El, que tan cruelmente habia obrado con su hermano, que aun le conservaba grande rencor en el fondo de su alma ¿cómo creer que un hombre que con tanta tenacidad le habia perseguido hasta entonces, que habia padecido con placer y hasta con vanidad, el hambre, la desnudez, la miseria, y la deshonra misma por llegar á verle en un cadalso, le perdonase ahora con solo haber oido algunas palabras de un ser superior, sí, pero al que en su débil naturaleza no podia reconocer en toda su superioridad? Hombre material, apegado á las cosas terrenales, nada grande, nada sublime, nada divino, le habia consumido hasta entonces, y no podia comprender la influencia de un corazon sensible sobre otro corazon sensible, el contacto de dos almas que se adivinan con solo una expresion, una mirada, un gesto. Mas no tardó en sentir á su vez esa influencia divina, esa sublime atraccion que ejercen el genio y la virtud sobre todo lo que les rodea.

Presentáronse á él Juan de Dios y Anton Martin, modesto, humilde, y sencillo el uno, como siempre, sin que en su rostro, palabras ó acciones se conociese el orgullo del vencedor, ni aun el placer natural por el triunfo que acababa de obtener, el alma que acababa de salvar; el otro, afamado por su altanería y desprecio de todos los que no le igualaban en fuerzas ni decision, hombre acostumbrado á dominar por la superioridad y el atrevimiento que rayan en temeridad, osado con todos, jamás vencido por ninguno, y arrojado aun contra la misma justicia; al hallarse en presencia de su mayor, de su único enemigo, deponiendo su loco orgullo y su vana arrogancia, creíase entonces el verdadero criminal, y en vez de conceder el perdon, parecía casi pedirlo al que le habia ofendido. Tan notable cambio admiró á Pedro de Velasco, é ibase á humillar ante el hermano de su víctima, pero no se lo permitió, y mirándole entre avergonzado y confuso, le pareció escuchar una voz celestial, que resonando en sus oídos, le llamaba á la expiacion. Era la de Juan de Dios, el héroe de la caridad, al que debía la vida, el que con su perdon le presentaba el ejemplo, del que, depuestos odios y rencores, venia á abrazarle como hermano, á invitarle á vivir con él en eterna fraternidad.

No era el alma de Pedro de Velasco del temple de la de su adversario. Arrastrado al crimen por saciar una pasion mezquina, llevado á la venganza por una

J. ZORRILLA.

debilidad, no por un esfuerzo de la naturaleza, no pudo menos de ceder al imperio de dos seres superiores, que, concediéndole lo que mas amaba en la tierra, la que, que habia mendigado hasta con propio desdoro, le invitaban á seguir el único camino que se le presentaba para purificarse de su delito, sacrificando en beneficio de muchos la existencia que debia haber perdido por el crimen cometido contra uno solo. Su arrepentimiento, que en un principio era el temor á la muerte, no tardó en ser profundo y sincero, gracias al ejemplo de Anton Martin y á las elocuentes palabras de Juan de Dios; y cuando lo siguió al hospital de la calle de Lucena, el consuelo y la alegría que sentia en su alma, no eran esa alegría y consuelo terrenales propios del que se encuentra en posesion de un objeto querido, que se hallaba próximo á perder, sino que participaban de lo celeste y divino del rayo, que procedente de las miradas de Juan de Dios, habia penetrado en lo mas íntimo de su alma, y herido lo mas profundo de su conciencia. Así fue que, mirando desde entonces como hermano al que hacia poco miraba como su mayor enemigo, vistió al mismo tiempo que él un saco de jerga, igual al que usaba San Juan de Dios, y se consagraron juntos á iguales tareas en beneficio de los pobres.

Tal fue el origen de la religion hospitalaria de San Juan de Dios, y tales fueron los dos primeros compañeros con que contó su ilustre fundador Anton Martin, apellidado que tomó con el hábito, dejando el paterno de Aragon, no tardó en distinguirse por su humanidad y celo en servicio de los pobres, que eran en número excesivo para las tres personas que habia únicamente para asistirlos, y los cuales, además de curarlos y cuidarlos, tenian que pedir limosna para proporcionarse el necesario sustento, de lo que se encargó nuestro Anton Martin; porque como era tan conocido en Granada, causaba grande edificacion y ejemplo el verle descalzo con la cabeza afeitada y un hábito de sayal tosco, demodo que le recogía con facilidad y en abundancia de todos los pecadores que le conocian y admiraban.

Enfermo San Juan de Dios tres años antes de su muerte, todo el trabajo recayó sobre Anton Martin, que no dejó de cuidarle y asistirle con el mayor esmero, á pesar de los muchos enfermos que diariamente entraban en el hospital y de cuya curacion y socorro estaba tambien encargado; él fue quien se halló á su lado en sus últimos momentos, quien recogió sus postreros suspiros, al que encomendó los pobres, el que vió las apariciones, el que supo las revelaciones que tuvo el santo en aquel trance, y el que acompañó por último, su cadáver hasta darle sepultura. Sucedióle como hermano mayor del hospital de Granada, teniendo que asistir de día á los enfermos y salir á postular por la noche, lo que hacia con estas sencillas pero profundas palabras:—Haced bien, hermanos, por vosotros mismos.—Después que se retiraba, se consagraba á la oracion y penitencia, y dormia muy poco, y esto sobre una tarima desnuda.

El hospital que gobernó fue el de la calle de los Gomeles, á donde se habia trasladado desde la de Lucena, estableciéndose en su tiempo en la de San Gerónimo en un convento que cedió esta religion, siendo Anton Martin quien lo preparó y arregló todo, buscando, además, los recursos necesarios. Tal fue la causa de su primer viaje á Madrid, donde residia ya la corte. Hizo todo el camino á pie y descalzo, con la cabeza descubierta, su hábito de jerga y una capacha al hombro, de manera que causaba asombro y edificacion en todos los lugares por donde pasaba. En la corte recibió cuantiosas limosnas de los reyes, príncipes y grandes, y se trató de la fundacion de un hospital semejante al de Granada, por no ser el General á propósito para los casos especiales á que se consagraban estos hermanos. Volvió á Granada con las limosnas que habia recogido para desempeñar aquel hospital, y después de haberle provisto de todo lo necesario, regresó á Madrid, donde fundó el nuevo hospital con la proteccion de algunos caballeros, que le dieron unas casas de campo que pertenecian al contador Bernardo Somonte y á su esposa doña Catalina Reinoso, las que hizo disponer de manera que tuviesen capacidad bastante para veinte camas, que no tardaron en ocupar veinte pobres. Hizose esta fundacion á últimos del año 1532 y principios del 1533, reuniendo seis hermanos á los que dió un hábito semejante al suyo, y continuó su obra verdaderamente admirable, por haber sido llevada á cabo por un hombre solo, con un traje y porte tan humildes y aun despreciables como los que arriba hemos descrito, y que sin mas recursos que su confianza en Dios emprendió la fábrica de un hospital y la puso en ejecucion, encontrando sitio, echando los cimientos, levantándolo y perfeccionándolo hasta el punto que hemos visto.

Pero esta empresa, que á los ojos del egoista pareciera propia de un demente, si el que la acometiera no contase con otros medios que con los que contaba Anton Martin, fue muy fácil á un hombre de su carácter y energía, pues en un año y pocos meses la comenzó, la llevó á cabo y legó en ella su nombre á la posteridad; pues aun cuando la planta y fábrica de este hospital se hizo bajo la advocacion de Nuestra Señora del Amor de Dios, por la milagrosa imagen de este nombre, que se colocó y venera todavía en su iglesia,

solo es conocido en la corte y toda España con el título de hospital de Anton Martin, que lleva tambien la plazuela donde se halla situado.

Refiérese que trabajaba como peon en la obra y dirigia al mismo tiempo á los demás, sin abandonar por esto el cuidado de los enfermos, ni las prácticas de piedad y las mortificaciones á que se consagró constantemente los quince años que vivió en religion, sin olvidarlas un solo día. Salíó de la corte á buscar las maderas que faltaban para el término de la obra, y con las incomodidades, poco abrigo y falta hasta de lo necesario, le sobrevino una calentura que sufrió durante muchos días sin hacer cama; pero viéndole iba en aumento, regresó á Madrid, donde visitado por los médicos, no tardó en saber que su enfermedad era mortal. Recibió esta noticia con la tranquilidad del justo, que al mirar atrás meditando en todos los actos de su vida pasada, tiene completa confianza en la Providencia, esperando le perdone sus errores, aunque reconozca lo pequeño é insignificante de los servicios con que ha procurado compensarlos. Recibió los santos sacramentos con extraordinaria devocion, asistiendo lo mas florido de la corte, pues era muy apreciado de cuantos habian tenido ocasion de tratarle, encomendó los pobres á los hermanos que habia educado, y murió en 24 de diciembre de 1533.

En su testamento dejó encargado su hospital, todavía no concluido, á la piedad de los reyes, y fue sepultado en el convento de San Francisco que se hallaba á la sazón extramuros de Madrid. En 1596, terminado ya su hospital, se le trasladó á él con extraordinaria pompa, haciéndose esta traslacion á los cuarenta y dos años del primer depósito. Asistieron al acto los niños de la doctrina, todas las hermandades y cofradías con sus insignias, las comunidades religiosas, el cabildo y clero parroquial con sus cruces, los grandes y señores de la corte con los arzobispos de Méjico y Caller el obispo de Salamanca; el presidente del Consejo de Castilla, Rodrigo Vazquez, y los individuos de éste y los demás Consejos; acompañaban el cuerpo veinticuatro religiosos de su Orden con hachas encendidas, y la caja iba cubierta con un paño de la Real Casa que llevaba bordadas las armas reales. El acompañamiento empleó seis horas en recorrer la distancia que media desde San Francisco á San Juan de Dios, por la mucha gente que se apiñaba en el tránsito. Los restos de Anton Martin fueron colocados en la capilla mayor de la Iglesia al lado del Evangelio, poniéndolos en una imitada á piedra con su retrato encima y un epitafio en dísticos latinos. Habiéndose hecho en 1693 un nuevo retablo, se le trasladó al sepulcro donde se halla en la actualidad, que creemos está en el mismo lugar que el antiguo, venerándose en esta ocasion sus reliquias.

JOSÉ S. BIEDMA.

POR SEGUIR LA CORRIENTE.

CUENTO QUE PICA EN HISTORIA.

(CONTINUACION.)

Conocido esto, hubiera sido muy necio seguir provocando unos celos tan quisquillosos, así es que resolví abstenerme de toda manifestacion. Además, ¿de qué me hubiera servido continuar la pantomima? Las indulgentes disposiciones de Elisa no ofrecian para mí ningún género de duda: desde entonces habia entre nosotros un tácito acuerdo, una misteriosa inteligencia; la mas escrupulosa circunspeccion era, pues, necesaria. ¡Milagroso adelanto! No hacia doce horas que nos habiamos visto por primera vez, y ya tenia motivos para manifestarme prudente.

Lo fui desde entonces; pero ví con sorpresa que Elisa no parecia hallarse dispuesta á seguir mi ejemplo. Noté que sus miradas buscaban las mias, y en la expresion de disgusto que desde luego se manifestó en su semblante, conocí que mi reserva estaba muy lejos de merecer su aprobacion; sin embargo, insistí en ella, convencido de que antes de finalizar el día encontraría ocasion de desquitarme.

En efecto: algunas horas después, se determinó salir á paseo, eligiendo el camino de una pintoresca quequera que estaba á una media legua del castillo. Parecióme imposible que semejante excursion en un pais tan quebrado no hiciese fracasar la vigilancia del marido, presentándose ocasion de hablar á mi adorada, y como habia previsto no tardó en ofrecérseme.

En efecto: á la mitad del camino, y para llegar al término de la expedicion, teníamos que subir una escarpada cuesta: en vista de tan áspero terreno ofrecer el brazo á una señora era, sino deber, galanteria; uno de los riojanos habia ofrecido ya el suyo á la de Perez, y yo sin titubear me dirigí á Elisa; pero antes de llegar, me detuvo Rojas que venia tras de mí.

—¡Prudencia! me dijo con tono magistral. Desde ayer has hecho ya demasiado: el marido es celoso, y la mujer imprudente, sé tú razonable. ¿Ves como no he ofrecido yo el brazo á la de Perez? Por semejantes niñerías se echa todo á perder. Ve y haz la corte al capitán para disiparle los celos. Entre tanto, yo te sustituiré y sabré lo que piensa de tí.

El consejo de mi amigo me pareció excelente.

—Tienes razon, le dije: adormecer la desconfianza del marido es lo primero que debe ocuparme.

El cargo era pesado en demasía, pero su urgencia era indisputable. Resignéme, pues, y cediendo á Rojas el puesto, detuve un poco el paso para esperar á Malagarriga, el cual, tal vez con objeto de observarme, se habia quedado á retaguardia. Cuando llegó á mí le dirigí algunas palabras sobre la hermosura del sitio en que nos hallábamos; pero un gruñido ininteligible, fue la única respuesta del feroz bipedo que trataba de domesticar.

A pesar del mal éxito del primer ensayo, perseveré en el paciente agrado que me habia propuesto afectar, redoblé mi buen humor, busqué conversaciones mas oportunas, y en una palabra, maniobré con tal destreza, que al volver al castillo el capitán y yo, estábamos tan acordes, que me propuso para el día siguiente una partida de caza.

Ningún otro incidente digno de mencion ocurrió en el resto del día: algunas miradas contenidas por mi prudencia, fue únicamente lo que hubo entre Elisa y yo; ninguna ocasion encontré para hablarla á solas, y por lo tanto, insistí en mi sistema: con las mujeres antes el silencio que una conversacion insignificante.

Por la noche, cuando cada cual se retiró, Rojas fue quien á su vez me acompañó á mi cuarto.

—¡Bravo! amigo mio; me dijo, en cuanto quedamos solos: ayer por la noche y esta mañana me pareciste algo niño, pero ahora te devuelvo toda tu fama. Imposible es echar el anzuelo á un marido con mas destreza.

—No sabes tú lo que me cuesta... ¡Estoy condenado á matar perdices!...

—Pues qué, ¿vas de caza?

—Vamos de caza.

Al oír mi respuesta, la fisonomía de Rojas radió de contento, mas yo no pensé en interrogarle la causa, anhelando abordar otra cuestion mas interesante.

—Ahora, querido, sé franco, le dije: has hablado mucho con Elisa? ¿He sido yo el objeto de la conversacion?

—¿Pues de qué habíamos de hablar? repuso riéndose.

—¿Y qué te ha dicho?

—Mil cosas...

—¿Pero cuáles son?

—Hombre... bien sabes lo difícil que es recordar exactamente lo que dicen las mujeres cuando tienen algún interés en ocultar su pensamiento. En tales casos emplean tan finas espresiones, tan diestras figuras retóricas, tan ingeniosos rodeos, que es imposible reproducir el secreto sentido de sus palabras.

—Bien... sí... ¿pero tú has conocido?...

—He conocido que si sabes vender los ojos al capitán, tienes andada la mitad del camino; mas para eso es preciso que mates muchas perdices...

—¡Mataré camellos, osos, si es necesario! exclamé en un franco trasporte de alegría.

—¿Luego no dejarás de acompañarle?

—Pierde cuidado: te juro que hemos de volver amigos íntimos.

IV.

Por la mañana á la hora convenida salimos al campo el capitán y yo. La caza es sin duda una imagen de la guerra; mi compañero se encontraba, pues, en su elemento.

Al principio todo fue bien: menos feroz que el día antes, mostraba de vez en cuando una jovialidad agresiva que yo procuré conservar; mas, por desgracia, las circunstancias contrariaron mis esfuerzos; las perdices faltaron, y una tempestad violenta nos sorprendió á mas de dos leguas de la quinta. Los árboles, nuestro único refugio, no nos libraban de la lluvia, y pronto quedamos calados hasta los huesos; el país nos era desconocido, y para colmo de desgracia, pasamos una gran parte del día atascados en el lodo. Después de algunas horas y de repetidas marchas y contramarchas, llegamos por fin á nuestra vivienda; pero ¡en qué miserable estado, Dios mio! El morral sin caza, el estómago sin alimento, los vestidos chorreando, y llenos de lodo hasta las rodillas.

—Usted no valdria para servir en cazadores, me dijo el capitán, notando mi aspecto desfallecido.

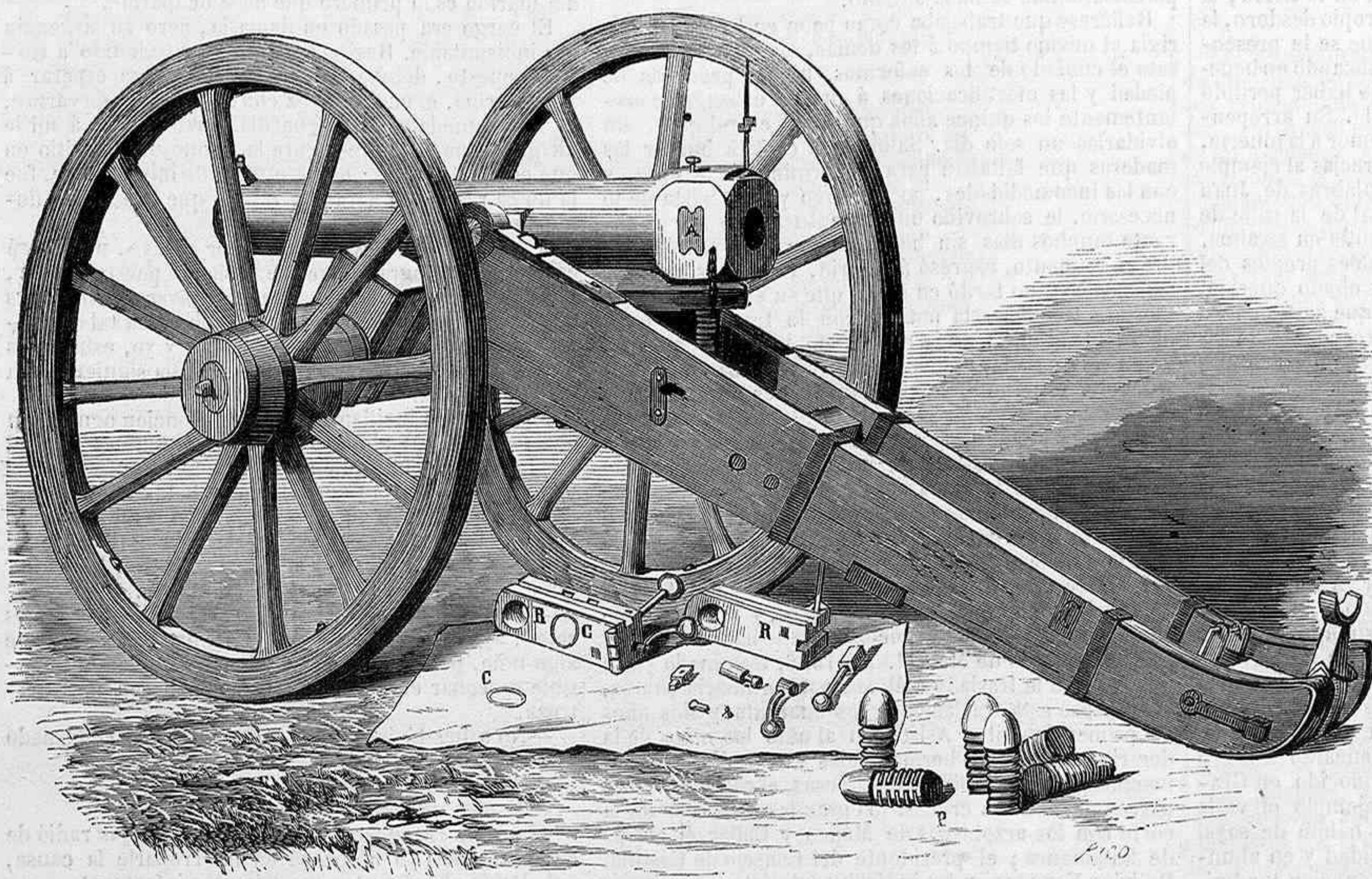
—¡Malditas perdices! contesté desesperado.

—No todos los días hay buena suerte en la caza, repuso; mañana nos desquitaremos.

Este modo de consolarme me inspiró deseos de aseñar al verdugo que lo empleaba: por no reñir, me callé, él hizo otro tanto y llegamos, sin haber vuelto á pronunciar una palabra.

La hora de comer se acercaba y esto me obligó á encaminarme á toda prisa á mi cuarto, por temor de que me viera la señora de mis pensamientos en tan deplorable estado. Ya en él me mudé de traje y traté de reparar mi desfallecimiento; pero mi triste cara resistió á todos los esfuerzos del arte, de tal manera, que concluí por conformarme.

—En último resultado, me decia, si mi palidez es notoria, lo mismo puede atribuirse á la fatiga que á



ARTILLERÍA PRUSIANA.—CAÑON CON CUREÑA.

la pasión que me devora; tal vez por esta causa voy á parecerla mas interesante.

¡Tranquilo con esta *sagaz* reflexion, bajé á la sala donde encontré á Elisa, á su hermana y á Rojas: la manera con que los tres me recibieron fue muy singular. Mi compañero de viaje me estrechó la mano con una espresion, en que parecia querer manifestar el mas vivo agradecimiento; la mujer de Perez me saludó con seriedad, y Elisa me dirigió una sonrisa encantadora, como dándome las mas espresivas gracias.

¿De qué estaba agradecida aquella hermosa mujer? En cualquiera otra ocasion me hubiera devanado los sesos para esplicarme aquel enigma, pero en aquel instante todas mis ideas, todos mis sentimientos, se hallaban dominados por una sensacion eminentemente trivial: si mi curiosidad hablaba, mi apetito no estaba callado, y ante todo tenia que obedecer á sus vehementes reclamaciones. La abstinencia sentimental que el dia anterior me habia impuesto, no era ya practicable; así es que me senté á la mesa con ansia voraz, y principié á comer como un Heliogábalo, á riesgo de perderme para siempre en el concepto de la melancólica dama á quien deseaba agradar.

Después de comer, en vez de seguir al parque á toda la familia, que por haber mejorado el tiempo determinó pasear, me retiré á mi cuarto: allí, inspirado por los bellos ojos de Elisa, y por el excelente vino que acababa de beber, me puse á escribir una elocuentísima carta, en que demostraba: primero, la grosería, la vulgaridad, la indignidad de don Homobono Malagarrija: segundo, el raro talento, la gracia celeste, el encanto irresistible del ángel desgraciado que un destino cruel habia unido á tal rinoceronte: tercero, el cariño, la discrecion, el amor, el respeto del hombre sensible que escribía aquellos renglones, y finalmente, «¡la suplicaba con el mayor rendimiento que confirmase el lenguaje de sus chispeantes ojos con una sola palabra!!!...»

Ya supondrás, lector, que no era de olvidar esta sagrada fórmula, ni las tres admiraciones con puntos suspensivos que al final de una carta amorosa vienen siempre como de molde.

Mostrados estos puntos capitales, la consecuencia era muy sencilla; á menos de tener mas injusticia que bondad, mas fiereza que hermosura, Elisa debia permitirme que la adorara. Así, pues, concluida la carta, bajé al salon, donde encontré ya de vuelta á todos los paseantes. La partida de tresillo habia comenzado; la mujer de Perez jugaba á l'ecarte con el capitán, y Elisa, sentada al piano, tocaba una pieza de Schubert. La ocasion no podia ser mas favorable: acerquéme al piano aparentando indiferencia, con una mano volví la hoja del cuaderno de música que yacia en el atril, y con la otra coloqué audazmente mi carta sobre el teclado; sin perder el compás, ni una sola nota, la bella tocadora cogió el papel al vuelo, y lo hizo invisible tan repentinamente que ni yo mismo supe cómo ni por dónde se habia ido.

(Se continuará.)

MANUEL VALCARCEL.

ARTILLERÍA PRUSIANA.

(CAÑON CON CUREÑA.)

Ya describimos en uno de nuestros anteriores números el fusil aguja, que ha llamado la atencion justamente en todos los Estados de Europa, por las ventajas que ha ofrecido sobre el armamento comun. Réstanos hablar de la artillería prusiana, que tambien ha desempeñado su objeto en la campaña de Alemania, y demostrado su superioridad sobre la usada por el ejército austriaco.

En efecto, esas piezas de acero fundido, cargándose por la culata, rayadas y de proyectil forzado, que á 5,000 metros de distancia hacen estallar una bomba, cuyos trozos esparcen la muerte en un círculo de 20 metros, han contribuido poderosamente á las derrotas del Austria, y con justicia admirado y sido objeto, como el fusil aguja, de un detenido estudio. No detallaremos los efectos de esta poderosa arma de guerra, describiendo las acciones en que mas se han podido apreciar sus ventajas; pero sí nos permitiremos apuntar algunos hechos, como la mejor demostracion de la superioridad de los cañones Krupp.

En el combate del 27 de junio en Nachod, la artillería austriaca dirigia un fuego mortífero sobre las columnas prusianas que desembocaban de las montañas de la Bohemia, y á los pocos instantes de ponerse en accion el cañon de acero, las baterías austriacas fueron reducidas al silencio.

En Frautenau lucharon y vencieron dos baterías prusianas de á 4 y de á 6, á 64 cañones austriacos.

En Sudowa, las baterías austriacas que se hallaban colocadas entre Dohelnitz y Dohalicha, tuvieron que retirarse bajo el certero y destructor fuego de la séptima division prusiana, sucediendo lo propio á las que estaban colocadas en Mokrowens; y desde las alturas de Lissa fueron los cañones Krupp los que, con sus nutridos y acertados disparos, introdujeron el desorden en los batallones austriacos, habiendo debido á las mejores condiciones de su caballería sobre la prusiana, el no sufrir el mas lamentable desastre.

Muchos mas datos podríamos citar para probar el brillante resultado de estos cañones de acero; pero basta con los indicados y las felicitaciones que el rey Guillermo ha dirigido á Mr. Krupp por ellos para demostrar la superioridad de este sistema sobre los demás.

El dibujo que ofrecemos con estos apuntes, dará á nuestros lectores una exacta idea de tan terrible arma.

El cañon es de acero fundido y forjado despues; está apoyado por sus gorriones en una fuerte cureña de madera, reforzada con abrazaderas y plancha de hierro para mayor solidez. Es rayado el cañon en hélice cilíndrica de menor diámetro por la boca que por la culata, con objeto de que el proyectil salga forzado y animado de movimiento de rotacion sobre su eje, lo cual le da mas alcance y precision en el tiro.

Se carga por la culata, y una vez cargado, se introduce la cuña (R) por la abertura (A), quedando cerrado el cañon; mas como siempre queda una parte débil por la cual puede haber fuga de gases, esto es, el borde interior del cañon que toca á la cuña, y que por bien ajustado que quede al cabo de cierto tiempo habria un anillo de escape, Mr. Krupp coloca un arete de cobre (C) que se adapta perfectamente á la juntura, á causa de su maleabilidad. El calibre de los cañones de campaña es de 4 y 6, perteneciendo á este último el que presentamos en el grabado. Su longitud es de 5 y medio pies ingleses (1, metro 672) y la distancia entre las ruedas de 3 pies (0, metros 912). Los proyectiles son sólidos y huecos, ambos de acero cilíndrico cónicos (P), torneados y de diámetro un poco menos que el alma del cañon, y van revestidos de una camisa de plomo fundido, que les da igual diámetro que la recámara. El objeto de esta camisa de plomo es el de amoldarse al rayado, que el proyectil obre como si tuviese aletas y salga forzado, sin estropear el rayado del cañon. Cuando son huecos, la cavidad va llena de pólvora, cerrada despues con un opérculo ó tornillo, y sus efectos son espantosos, pues han resuelto el problema de arrojar metralla á 5,000 metros de distancia.

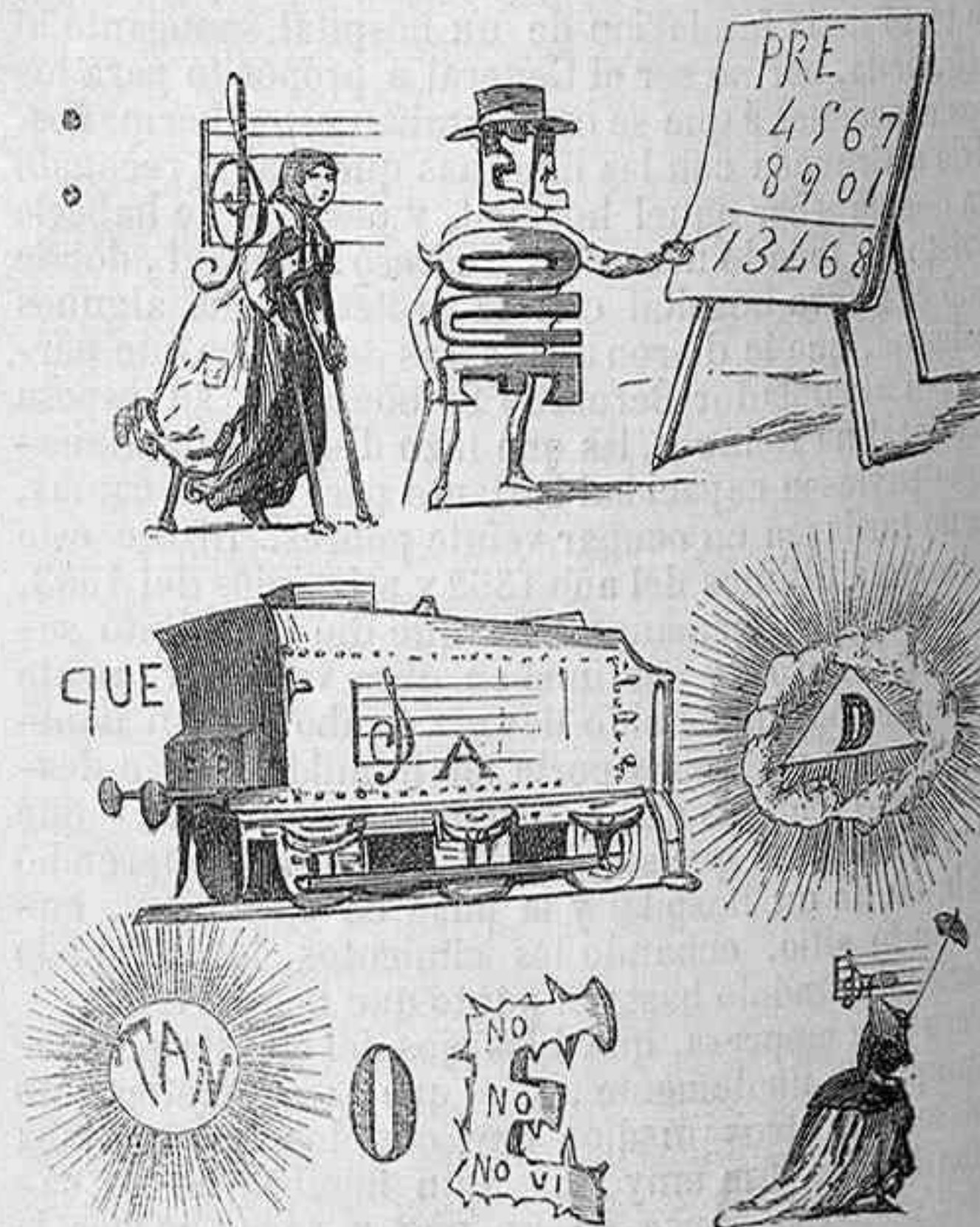
Como se ve, el mecanismo es sencillísimo, la maniobra ó medio de servirlo muy fácil, estando completa mente resguardados los artilleros de las frecuentes desgracias que para cargar las piezas por la boca solian ocurrir; la velocidad en los disparos, la precision, el alcance y los efectos, extraordinarios. En cuanto á la construccion, es suficiente saber que han salido del establecimiento de Mr. Krupp, para conocer que ha de ser esmeradísima. El coste de estos cañones es en Essen de 600 thalers (885 escudos).

Descrito el cañon de acero de campaña de la artillería prusiana, con el que tantos triunfos ha obtenido en la reciente campaña contra el Austria, solo nos resta preguntar. ¿Cuándo tendrá nuestro pais tan precioso sistema de defensa? Evitamos reflexiones ajenas á nuestro propósito y á la índole de nuestra publicacion, y solo deseamos participar de las ventajas que disfrutaban otras naciones, en bien y lustre de nuestro ejército y de nuestra defensa nacional.

En el próximo número nos ocuparemos de los cañones de grueso calibre, ofreciendo un precioso y detallado dibujo de las demás potencias.

N. C.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD.
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCEPE, 4.